

El Luchador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Morey, 16-36 — Teléfono, 2413
Horas de oficina: de 9 a 1

PALMA DE MALLORCA, 13 de Abril de 1940

Año IX - Núm. 406
FRANQUEO CONCERTADO
SUSCRIPCIÓN: Trimestre, 2'50 pts.
Núm. suelto, 20 cts.

Inglaterra y Francia minan las costas noruegas

Alemania al cabo de pocas horas de la hazaña aliada, invade Dinamarca y Noruega y a la hora en que escribimos tiene ya tomados, casi sin resistencia, todos los puntos estratégicos de los dos países

¿Cómo continuará y cómo terminará esta singular guerra europea?

El furor bellicus, por otro nombre egoísmo desaforado, sufre en estos días una exacerbación que raya en los límites de la locura.

Las tres grandes potencias en guerra se ve que no aciertan con el camino de acabar las unas con la otra y ni siquiera han encontrado ni en el aire, ni en la tierra ni en el mar, el campo donde librar alguna batalla, si no decisiva por lo menos alentadora para el porvenir.

A los aliados, Rusia les descompuso el plan maravilloso del bloqueo y pronto se vió lo trascendental de la jugada soviética. Finlandia también les amargó bastante la vida haciendo la paz mucho antes de lo que ellos deseaban. Los Balcanes empeñados en no seguir sus consejos son para ellos una dolorosa contrariedad. Y en estas poco agradables circunstancias, convencidas Inglaterra y Francia de que Alemania es un serio peligro, se esfuerzan por todos los medios imaginables en convencer a los neutrales a que se defiendan por sí mismos, o por lo menos a que se dejen defender.

Alemania por su parte no se duerme y a su modo y manera procura llevar al ánimo de todos la convicción de que se les busca para ser carne de cañón o para hacer de monaguillos sin más ventajas que algunas descalabraduras o cosa peor.

Con todo esto los pobres neutrales, sobre todos los pequeños, sufren rabiando, padecen enormemente en sus intereses y no encuentran más tabla de salvación que no hacer caso de ninguno de los beligerantes y aferrarse a la neutralidad, pase lo que pase. El sentido común es la única arma que les ha quedado, y por cierto no es del todo mala.

Ahora les ha tocado la mala suerte a Dinamarca y Noruega.

Aliados y alemanes se han empeñado en defender a capa y espada su neutralidad e independencia.

Los primeros para que los germanos no abusaran de la debilidad de Noruega y ellos no se vieran en la dura necesidad de intervenir molestándola, sembraron sus costas de minas, sin previo aviso y en pocas horas.

Noruega no entendió la buena voluntad de los aliados y protestó enérgicamente contra su proceder, pero casi no había acabado de protestar, cuando se encontró ya en su casa con el ejército alemán dispuesto a defender su independencia y asegurándole que no tenía nada que temer.

Dinamarca se ha cogido del arma del sentido común y ha dado paso libre al primero que ha llegado a su tierra o sea a los alemanes. Noruega ha cambiado rápidamente de gobierno y el actual parece que va a seguir el mismo camino de su vecina.

Claro que los otros países pequeños harán poco más o menos lo mismo, recordando lo que ganaron en la pasada guerra y lo que ha acontecido a los que sintiéndose belicosos han querido resistir con las armas. Y con esto cada día va a resultar más extraña y singular esta guerra europea que nadie quiere y todos maldicen.

¿Qué va a suceder enmarañándose de esa manera la madeja internacional? Vaya usted a saberlo; pero por si acaso conviene recordar, que de los prevenidos es el reino de los cielos.

Nosotros los españoles tenemos la solución en la mano, contando como contamos con un hombre y con unos gobernantes altamente patrióticos y previsores. Ahora como en nuestra guerra nos hemos de agrupar como un solo hombre en torno de nuestro Salvador y para nosotros no ha de haber más camino que el que él señale, ni otra norma de conducta que la por él dictada. Toda discordia, toda división, todo cuanto pueda entorpecer nuestra férrea unión con el Caudillo, debe ser estrangulado apenas dé señales de vida. La unidad en el pensamiento nacional y la decisión irrevocable de servir a España a las órdenes de su jefe, es la piedra angular donde debe asentarse nuestro presente y nuestro futuro.

Lluvia de Abril

Primavera sonríe con su sonrisa amable de luz y de colores, atrayendo el espíritu y los sentidos con el encanto de su perfume, en el que parece se siente palpitar el alma de la naturaleza, recién abierta a la vida, al beso ardiente del sol...

Es el mes de abril... Tiempo de golondrinas que llegan, retozonas y alegres, rizando sus cantos sobre las praderas y los bosques. Tiempo de gorriones alborozados que saben discutir desatoradamente sobre los pinos del jardín y comerse las tiernas hojitas de las plantas primaverales. Tiempo sereno, de noches claras y diáfanas en las cuales se oye el ulular del cuclillo que despierta de su letargo, teniendo por asistentes a su concierto las estrellas.

Dulce cosecha de flores lleva sobre sus espaldas la madre tierra, y esa florecencia casi infinita y esos verdores, han de ser muy pronto cosecha de frutos que lleven a los hogares la abundancia, la alegría y la paz.

A esa hora solemne del despertar de las plantas, del nacimiento de las flores, quiere asistir su hermana, la benéfica lluvia, para bendecir, derramando perlas de intangible pureza, sobre los cálices que se van abriendo y sobre los brotes tiernecitos que van saliendo; penetrando hasta lo más profundo de aquella vida que nace, haciendo estremecer y ascender hacia arriba con el empuje vital que Dios le dió. No es suficiente que haya el Invierno llorado sobre los campos yertos para que la cosecha sea abundante; es también necesario que la Primavera vierta sobre ellos su tierno llanto amoroso... Es que la lluvia abrilena es la más benéfica. Así lo reza un adagio mallorquín: «En abril cada gota vale por mil».

Si Primavera no bendice, rociando las mieses con su agua bendita, el Verano siente sobre sí mismo la falta de aquella bendición. La sequía, la escasez, el hambre, son las consecuencias.

La experiencia nos demuestra que en otros órdenes se sigue el mismo curso.

Que aunque se haya pasado el Invierno crudo de una guerra, lloviendo sin parar sangre y martirios, si al nacer la Primavera de la Victoria no descende sobre la tierra de tantos corazones e inteligencias, maltrechos o engañados, el agua vivificadora de una verdadera renovación, no puede recogerse el fruto de la paz y la grandeza.

Y si las flores de la juventud no se sienten mojadas, en su Primavera de la vida, por la savia benéfica de la lluvia del buen ejemplo, del buen consejo y de una sabia y cristiana enseñanza, se quedan secas, por el ardor de las pasiones, antes de llegar a la plenitud de su ser, resultando estéril e infructuoso el porvenir que les aguarda.

Todas las lluvias abrilenas bajan de lo alto.

Para humedecer los labios sedientos de la tierra henchida de vida, que pide agua, hemos de ver primero replegarse el manto azul del firmamento y aparecer en su lugar una inmensa regadera brumosa que maneja cuando quiere la mano providente.

También de arriba ha de descender sobre la juventud ardorosa de hoy, el agua vivificadora que la empuje hacia una vida mejor, ideológica y moralmente. Los padres y todos los que manejan los corazones juveniles, desde las alturas de su autoridad, son los encargados de hacer bajar esa agua de abril.

Por eso a las rogativas que hacemos fervientemente para que abriéndose los cielos derramen sobre nuestros campos resecos la gracia de la lluvia, unimos la petición de que descienda sobre la juventud esa agua espiritual tan necesaria.

M.^a VICTORIA.

La ofensa a José Antonio

Cualquier calificativo que se aplique a la salvajada, estará en su punto. Lo hecho ha sido indigno, y rastrero. El Fundador de la Falange, el gran patriota, el caballero cristiano, el mártir de la Patria, por su valor y por su obra, por su fe inquebrantable y por su noble generosidad merece el respeto profundo y la admiración aun de sus mismos enemigos. Los que han querido ofender su memoria debían pensar que con lo hecho sólo se ofendían a sí mismos. José Antonio Primo de Rivera, está demasiado alto en la estimación nacional y en la escala de los héroes beneméritos de España para que lleguen hasta él los torpes desahogos.

Un caído por Dios y por la Patria es un nombre glorioso del que todo buen Español debe enorgullecerse. Y si ese caído es de la altura y méritos de José Antonio Primo de Rivera, el respeto de todos debe elevarse a lo sumo.

Lo hecho, repetimos, es una salvajada de la que protestamos.

Santo de la semana

Día 14.—San Pedro González,
alias San Telmo.

Con esta última denominación le conoce y le invoca la marinería mallorquina. Nació en Fromista, villa del Obispado de Palencia. De padres nobles y piadosos, recibió esmerada educación y estudió al lado de su tío que fué obispo de Palencia que, al terminar su carrera, le nombró canónigo y después Deán. Una humillación que le permitió Dios sufriera siendo joven algo vanidoso, le hizo ver la vanidad del mundo, tanto, que, arrodillado agradeció aquel aviso y partió a pedir el hábito de Santo Domingo.

Admitido y ordenado presbítero, se dedicó con gran éxito a la predicación, logrando muchísimas conversiones. Con el milagro de estarse indemne dentro una hoguera, convirtió una mujer escandalosa, la cual confesó sus pecados e hizo mucha penitencia. Murió el 14 de abril de 1245, a la edad de 61 años.

Es invocado por los marineros durante las tempestades y hasta cuando durante las tormentas aparece una pequeña llama azul en los extremos de los mástiles, es llamada *Fuegos de San Telmo* porque no quema.

Frente a la Dragouera, en el término de Andraitx, hay la torre y el Oratorio de *San Telm*, del siglo XV, que en 1886 fueron adquiridos por el Archiduque de Austria Luis Salvador. Hay en el Oratorio un cuadro con la figura de San Telmo, al óleo, costeado por cuestación en 1871. La campana procede del Monasterio de La Trapa, que estaba a la otra parte de la playa.

Los vecinos de S'Arracó y de Andraitx anualmente le dedican una solemne fiesta.

SANTO EVANGELIO

Dominica III después de Pasua



N aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Dentro de poco ya no me veréis: mas poco después, «en resucitando», me volveréis a ver, porque me voy al Padre. Al oír esto algunos de sus discípulos, se decían unos a otros: ¿Qué nos querrá decir con esto: dentro de poco no me veréis, mas poco después me volveréis a ver, porque me voy al Padre? Decían, pues; ¿Qué poquito de tiempo es éste de que habla? No entendemos lo que quiere decirnos. Conoció Jesús que deseaban preguntarle, y díjoles: Vosotros estáis tratando y preguntándoos unos a otros por qué habré dicho: Dentro de poco ya no me veréis: mas poco después me volveréis a ver. En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y plañiréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, con los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le vino su hora; mas una vez que ha dado a luz el infante, ya no se acuerda de su angustia, con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo. Así vosotros, al presente, a la verdad, padecéis tristeza; pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo.

San Juan, XVI, 16 22

¿Cuál será la causa, la fuente, de gozo tan dulce, tan íntimo, tan seguro? Con dos palabras lo declara el Maestro a los afligidos discípulos: «Yo os volveré a ver, y vosotros me veréis». Como si dijera más claramente: «Ahora se os parte el corazón de pena, porque vais a perder mi vista y compañía; mas no temáis, que dentro de poco nos volveremos a ver—yo a vosotros y vosotros a mí—, y esta vista y compañía nadie será capaz de quitárosla». Los que no hemos visto a Jesús con nuestros ojos y de escuchar la dulzura de sus palabras; los que no hemos sentido de cerca las palpaciones de aquel Corazón de amigo, no sabemos ni podemos imaginar todo lo que encierran aquellas palabras: «Os veré, y me veréis».

Nosotros ahora no vemos a Jesús todavía; estamos en el tiempo de la tribulación y de la tristeza; mas no desmayemos: que también para nosotros pasará la tristeza. Esta esperanza secará nuestras lágrimas y vigorizará nuestro desmayado corazón.

sus padres o conocidos, o van por rutina como quien asiste a un espectáculo más, y en el templo están como estarían en un banco de la plaza en oposición irreverente, o en conversación con su vecino y salen sin ni siquiera haber puesto un pensamiento en el Hijo de Dios inmolado por los hombres.

—P. Joaquín, esos no son cristianos.

—Pues gastan este epíteto siempre que les conviene; quieren pasar por tales y les ofendería el que les motejara de otra cosa. Y dicen creer en un Ser supremo que llaman Dios porque así se lo enseñaron sus padres; pero como no tienen ni un átomo de conocimiento de la Doctrina Cristiana, a la menor insinuación de un incrédulo malicioso niegan a Dios, y dan la razón a los que presentan a los curas como inventores de la religión para embaucar a la humanidad y medrar sobre la credulidad de los cuatro beatos.

—Algún que otro caso he visto Padre Joaquín, pero no serán muchos éstos.

—Muchísimos son, D. Nicasio, por desgracia, como son muchos los que blasfeman el nombre de Dios, sin malicia si quiere, pero que acostumbrados así desde jovencitos para ser más

El predicó, ni mucho menos practicarla.

—Por aquí, por aquí, D. Nicasio. Ahora empieza ya a equilibrarse. A esto lo afirmamos todos. Que no ha de bastar estar inscritos en el registro parroquial de bautizados para querer pasar por cristianos.

—Ergo los que figuran en él han de ser imitadores en todo de Cristo sino serán malos cristianos.

—Pongamos las cosas en su punto medio D. Nicasio. Nos hacemos cristianos para cumplir el fin del hombre que es amar y servir a Dios en esta vida y merecer por ella la futura gloria que es verle y gozar de El en la otra. Cumplen la primera parte de este fin los que pueden dar a Cristo la respuesta que le dió aquel joven que a El se dirigió preguntándole «qué debía hacer para salvarse» y El le contestó: «Guarda los mandamientos» y al explicarle que se trataba de los diez mandamientos de la Ley de Dios pudo el joven responderle: Maestro, todo eso lo he observado desde mi niñez. ¡Oh, si todos los que son cristianos pudiesen siempre responder así al Señor, otra cosa sería el mundo!

—Así Cristo se da por satisfecho con poco. Porque guardar los diez mandamientos es obligación de todo hombre, aún del que no es cristiano.

—Pues esto solo ya dejaría satisfechos a muchos de los que nos dedicamos a la vida de apostolado. Que todos los bautizados todos los cristianos, cumplieran los deberes impuestos por Dios a toda la humanidad y es muy deplorable que así no suceda.

¡Vemos por esos mundos de Dios a tantos cristianos que hacen vida completamente pagana, olvidados totalmente de su Creador y un egoísmo sórdido que les hace desentenderse en absoluto del prójimo! Muchos de ellos observan los días festivos y los domingos no como días dedicados al Señor, sino para pasar el tiempo en diversiones, no siempre honestas o en el café malgastando el patrimonio de su familia y si asisten a misa, o bien es para que les sigan teniendo como cristianos

Calendario

Día 14 de Abril

Domingo III después de Pascua
Santos Telmo y Justino. Mártires.
Blanco. Misa propia, 2.^a oración de San Justino, 3.^a oración de Octava, 4.^a oración de San Tiburcio y compañeros; sin oración imp. Credo Prefacio de Pascua.

Lunes, 15

Santas Basilea y Anastasia,
Mártires.

Blanco. Como el día 12.

Martes, 16

San Lamberto, Mártir.

Blanco. Como el día 12.

Miércoles, 17

Octava de la Solemnidad de
San José.

Blanco. Misa de la fiesta. 2.^a oración de San Aniceto, Papa y Mártir. Credo y Prefacio propio.

Jueves, 18

San Perfecto, Pbro. y Mártir.

Blanco. Misa del domingo anterior, 2.^a oración (Concede), 3.^a oración por la Iglesia.

Viernes, 19

Santo Toribio, Obispo y Confesor.
Blanco. Misa del Domingo anterior, 2.^a oración (Concede), 3.^a oración por la Iglesia.

Sábado, 20

Santa Ines de Monte-Policiano,
Virgen.

Santa María en Sábado.

Blanco. Misa (Salve), 2.^a oración del Espíritu Santo, 3.^a oración por la Iglesia. Prefacio de la Virgen.

PLUMA EN RISTRE

¡Malos cristianos!

—P. Joaquín, por Dios, vuelvo a V. para que me saque de apuros.

—¿De nuevo aquí D. Nicasio? Ya he visto cómo me ha comprometido sacando a colación mi nombre y poniéndomelo en letras de molde.

—Qué mejor, Padre, que decir las cosas claras, tal como son. A mí siempre me gusta llamar al pan, pan y al vino, vino. Escribí nuestro diálogo tal como lo sostuvimos en la realidad y a fe que no me arrepiento porque sé que fué leído y comentado.

—No por mí sería, sino tal vez porque en realidad muchos se sentirían *adornados* del mal que censurábamos.

—Sea como fuese, produjo el efecto inmediato que perseguía, esto es, que fuera leído y esto me ha empujado a visitarle de nuevo, y por cierto vengo desconcertado porque ni tema he sabido escoger para hoy.

—¿Y quiere V. que también se lo propine yo? ¡Vaya periodista! Pero ha olvidado hoy lo principal, precisamente lo que la semana pasada le dió inspiración, la visitilla a Jesús Sacramentado?

—No; en manera alguna Padre. Qué haría yo sin su luz? Precisamente al visitarle hoy estaba la capilla del Sagrario tan solitaria que daba pena. ¡Jesús solito! Me han venido ganas de llorar al ver que parecen haberse acabado los cristianos. ¡Jesucristo solito!

—D. Nicasio, es V. algo exagerado. Si creará V. que todos los cristianos han de estar continuamente al pie del altar.

—Así lo desearía yo y sino podemos decir que no hay cristianos.

—Está hoy algo exaltado. Escúcheme D. Nicasio. Lo que V. desea es ya un punto bastante avanzado del camino de la perfección. Y esta perfección, no podemos pedirla a todos los que se llaman cristianos y lo son por haber recibido el bautismo.

—Esto me duele precisamente, Padre Joaquín. Que haya tantos que crean que el ser cristianos es sencillamente haber recibido el bautismo y nada más. Ni querer conocer a Cristo, ni preocuparse de saber doctrina que

Fabricación de toda clase de artículos de caucho y amianto

PRODUCCION DIARIA
10.000
PARES DE SUELAS
PARA CALZADOS

Manufactura General del Caucho

Ramón y Cajal, 30 — Teléfono 1423
Dirección Telegráfica: MATETOS
P A L M A

PAGINA LITERARIA

La ira de los dioses

(Cuento de la época de la conquista mejicana)

Corría el año de gracia de 1519. Un galeón español navegaba a impulsos del favorable viento hinchando sus velas hasta producir de lejos la ilusión de un pájaro de rara especie que tuviese alas desmesuradas. Allí, al Oeste, quedaba la Isla de Cuba, gobernada entonces por don Diego Velázquez; y si don Pedro de Almagro se aventuraba con su nave por aquel mar desconocido, se debía a la esperanza de encontrar la nueva tierra donde su hermano don Francisco había sido arrojado con su galeón, el año anterior. De aquella catástrofe sólo escapó el piloto don Fernando del Puerto, quien, después de haber estado veinte veces a punto de naufragar en la débil barquilla que había quedado del «San Fernando», fué hallado por un barco que de Panamá se dirigía a la Isla de Cuba. Contó que su capitán había quedado en una tierra desconocida, prisionero en manos de indios, víctima de su temerario valor; que había entrevisto magníficos edificios y guerreros y sacerdotes ricamente adornados; que el oro debía encontrarse a montones en aquellos templos... ¡Oro! Ante esta mágica palabra no había en aquella época, como en todas, locura que dejara de realizarse. Españoles, franceses, holandeses, todos se sentían igualmente magnetizados por la idea de hacerse con una colosal fortuna. Todos pasaban por alto los ciclones, las tempestades, las andanzas pobladas de feroces animales o de tribus, aún más feroces. Don Diego Velázquez no había tenido mucho trabajo para encontrar gente dispuesta a tripular el «Santa Bárbara», y confió el mando a don Pedro de Almagro, hábil marino y esforzado conquistador, que sentía el ansia de encontrar a su hermano y de ganar nuevas tierras para la corona de España. Don Pedro tenía un hijo, muchacho de trece años, a quien pensaba iniciar en su azarosa carrera, por la que Luis sentía ya un irresistible atractivo. Se había despedido del niño con gran emoción, pensando que acaso los peligros del viaje le vedasen volver a ver la encantadora Isla. Júzguese, pues, de la sorpresa, el enojo y la zozobra experimentados por el marino al contemplar un buen día ante sí la carita sonrosada y bella y la rubia cabellera de su hijo Luis.

—¿Qué esto?—exclamó iracundo—. ¿De dónde sales y quién te ha ocultado a bordo?

En aquel momento se acercó el piloto, Fernando del Puerto, el mismo que lo había sido de su hermano don Francisco.

—Castígueme a mí, don Pedro—dijo— Yo soy el único culpable.

—No, padre. Yo. Yo sólo.

Don Pedro dirigió la vista del uno al otro, y con voz tonante:

—¿Sabéis Fernando, dijo, lo que habéis hecho? ¿Calculáis los peligros a que vamos a someter al muchacho? Pues bien; si le pasa algo la responsabilidad será exclusivamente vuestra.

—Yo velaré por él constantemente. Os lo prometo—se apresuró a asegurar el piloto—. El muchacho abrazó a su padre, exclamando:

—Me perdonáis. ¿No es eso?

—¡Quitate de delante, picarillo, y ya que lo quieres, vas a aprender a tu costa lo que son estas andanzas marítimas.

La escena la había presenciado, sin decir palabra, Fray Gabriel Téllez, de la Orden de Predicadores, que iba a bordo para ejercer su sagrado ministerio. Con aire bondadoso se aproximó al muchacho, y le dijo:

—¿Por qué has hecho esto, hijo mío? Pero, ¡en fin! Ya no tiene remedio. Ahora lo que debes hacer es portarte bien, para tener contento a tu padre. No conviene tampoco que olvides los conocimientos religiosos que te ha procurado. Dedicaremos a esto algún tiempo por la mañana. ¿Quieres, Luis?

—¡Oh! Sí—contestó el muchacho—cuyo gozo aumentó al ver que iba a repartir sus distracciones entre el aprendizaje de su carrera favorita y las bellas historias que sabía contar Fray Gabriel Téllez. El tiempo era magnífico, el cielo estaba despejado. En la mar, encalmada, tiburones y peces voladores rompían la monotonía azul. Don Pedro, en su cámara, consultaba una carta marina. Fray Gabriel Téllez leía «Las vidas de los Santos». Y Luis, subido en una cofa, escuchaba atentamente las explicaciones técnicas del piloto.

Es la raza maya una de las más interesantes que han poblado el suelo

mejicano, especialmente la península de Yucatán. Las ruinas de los numerosos monumentos encontrados en aquella tierra, han asombrado a los investigadores modernos. Tenían templos, gimnasios para el juego nacional de «tlaxtli» (la pelota), palacios y fortalezas. Cuando D. Francisco de Almagro fué arrojado con su galeón a la costa yucateca por la tempestad, cayó prisionero de dicho pueblo. Un año hacía que gemía en el rincón de un templo, temiendo a cada instante que lo llamasen para ser ofrecido en sacrificio a alguno de los horribles dioses mayas. Estos dioses eran crueles, y no se contentaban con menos que con la sangre de numerosas víctimas. Había tenido ocasión el prisionero de asistir a una de las más bárbaras fiestas, la cual dispuso el Príncipe Ollamán que fuera presenciada por todos. Había visto a los sacerdotes, imitados por el pueblo, practicarse incisiones en las orejas, en los párpados, en la nariz, en la lengua, en brazos y piernas. Toda una enorme multitud ensangrentada hacía ridículas contorsiones en honor del dios, a quien llamaban Acan:hob.

En el vecino templo de Cuculkán los guerreros presentaban a los sacerdotes algunos hermosos niños, de ambos sexos, que habían sido cebados como cerdos. Los desnudaban, los pintaban de azul y les iban disparando flechas al sitio del corazón, pintado de blanco. Una vez muertos, dos sacerdotes esparcían sus carnes por las gradas exteriores. La multitud entonces, como perro hambriento, se apoderaba de aquellos despojos y los devoraban, mezclándose así la sangre de las víctimas con la de las incisiones de los devotos.

Ante espectáculo tan repugnante, don Francisco de Almagro se sintió desfallecer, y suplicó a los guardianes que lo llevaran a su prisión. No podía, por tanto, esperar nada bueno del pueblo en cuyas manos había caído.

Así, pues, un día en que, recostado en el rincón de su cárcel, rememoraba, melancólico, la visión de su país natal, vió de improviso ante sí la grotesca al par que imponente figura del Príncipe Ollamán, seguido del Gran sacerdote y de una multitud de guerreros. Pensó entonces que había llegado la hora del sacrificio, y elevó a Dios su espíritu, pidiéndole fortaleza para morir como caballero cristiano. Pero el Príncipe hizo una leve seña, y dos guerreros de los más fornidos entraron en la estancia, conduciendo... a dos personas, que le hicieron dudar por un instante si no se contaría en el número de los

visionarios. Eran dos de su raza, dos españoles, más aún, dos allegados suyos que le estaban repitiendo su nombre. Don Pedro, su hermano; Luisito, su sobrino. Don Francisco sólo sabía exclamar:

—¿Pero es verdad lo que veo? ¿Sois vosotros, o estoy soñando?

El príncipe y su acompañamiento, después de mirarlos con cierta curiosidad, desaparecieron, cerrando las puertas del templo y diciéndole a don Francisco que si veía a sus parientes, era en calidad de prisioneros, como él. Terminadas las efusiones y el esombro de los primeros momentos, don Pedro contó el motivo de encontrarse allí con su hijo. Refirió el viaje en el «Santa Bárbara» emprendido en su busca, esperando conquistar la nueva tierra para los católicos reyes au antiguo piloto, don Fernando del Puerto, había sido el guía de la expedición. El condujo el galeón, guiado por sus recuerdos y sus conocimientos hacia la costa en la que el año anterior naufragara en compañía de don Francisco. Desembarcó un destacamento de soldados, con D. Pedro al frente. Durante su ausencia, el piloto, accediendo a los deseos de Luisito y desobedeciendo sus rigurosas órdenes, les había llevado a tierra, sin reflexionar en peligro a que exponía al muchacho.

Rimón de Campoamor Freire
(Continuará)

LA PALMESANA

FUNDADA EN 1878

HIJOS DE JUAN PIERAS

FABRICA DE HIELO — SERRERIA
MECANICA — TALLERES DE
CARPINTERIA Y CARROCERIAS
FABRICAS DE CEMENTOS Y DE
— BALDOSAS HIDRAULICAS —

Calles de Hornabeque, Caro, Fábrica, Cotoner, Murillo y Antich
Teléfono núm. 2834

PALMA DE MALLORCA
(Santa Catalina)

Folleto de EL LUCHADOR n.º 78

JEROMIN

POR

EL P. LUIS COLOMA, S. J.

a escribir como Rey a D. Juan de Austria, pidiéndole la libertad de su padre D. Antonio de Valor, preso por delitos comunes en la Chancillería de Granada desde meses antes de la sedición. Envióle esta carta con un muchacho cristiano, cautivo en Serán, y dióle un salvoconducto, que decía a la letra: «Con el nombre de Dios misericordioso y piadoso. Del estado alto, ensalzado y renovado por la gracia de Dios, el Rey Muley Mohamed Aben Humeya, haga Dios con él dichosa la gente afligida y atribulada de Poniente. Sepan todos que este mozo es cristiano de los de Serón, y va a la ciudad de Granada con negocios míos, tocantes al bien de los moros y de los cristianos, como es costumbre tratarse entre Reyes. Todos los que le vieren y encontraren déjenle pasar libremente y seguir su camino, ayúdenle y denle todo favor para que lo cumpla, porque él que lo contrario hiciere, que le estorbare o prendiere, condenado se ha en pérdida de la cabeza». Y abajo decía:

«Escribiólo por orden del Rey Aben Chapeña, y a la mano izquierda, debajo de los renglones, estaban unas letras grandes, que parecían de su mano. que decían: «Esto es verdad», imitando a los reyes moros de Africa, que no acostumbraban firmar sus nombres sino por aquellas palabras, por más grandeza.

No consintió D. Juan en recibir carta ni mensajero de un hereje alzado en armas; más leída aquella y examinado éste por el Consejo, decidió no dar respuesta alguna; pero que el padre de Aben Humeya, don Antonio de Valor, respondiese a éste que le trataban bien en la cárcel; que no era cierto le hubiesen dado tormento como se propaló falsamente, y que le afease al mismo tiempo como padre su proceder de rebelde, y le aconsejase la sumisión y el arrepentimiento.

Tornó de allí a poco Aben Humeya a escribir a D. Juan y a su padre D. Antonio de Valor, enviando esta vez las cartas por el Xoaybi, alcaide de Guéjar, el cual, traidor, las leyó y retuvo con ánimo de acusarle y prenderle, como lo hizo en efecto.

XVI

Salió al fin D. Juan a campaña con todos los bríos de su natural esforzado, y de sus deseos por tanto tiempo comprimidos en aquella lucha continua con sus consejeros, todos en pugna, que tan gráficamente pintó

D. Diego Hurtado de Mendoza en su locónica y famosa carta al Príncipe de Evoli: «Ilustrísimo Señor: Verdad en Granada no pasa; el señor D. Juan escucha; el Duque (Sesa) baila; el Marqués (Mondéjar) discurre; Luis Quijada gruñe; Muñatones apaña; mi sobrino (1) allá está y acá no hace falta».

Envió, pues, D. Juan un cuerpo de ejército hacia las Alpujarras, con el Duque de Sesa al frente, y arremetió él con el otro: lo primero a Guéjar, madriguera formidable donde tenían los moriscos uno de sus principales centros de operaciones, reforzado entonces con turcos y moros berberiscos. Cayeron allí de improviso siguiendo las hábiles maniobras por D. Juan combinadas, y apoderándose del lugar y del castillo con menos pérdidas y dificultades de las se temían.

Huyóse el primero el alcaide Xoaybi, y fuése pregonando por todas partes, en odio a Aben Humeya, que andaba éste en tratos con los cristianos para acabar la guerra y entregar a todos los moriscos, lo cual probaba mostrando las cartas detenidas por él en Guéjar e interpretándolas falsamente. Creyeronle todos los agraviados de Aben Humeya, que eran muchos, y muy principalmente, entre ellos, un tal Diego Alguacil, natural de Albacete de Ujijar, que le guarda-

(1) Este sobrino era el Conde de Tendilla, hijo de Mondéjar, que había ido a Madrid a llevar quejas y consultas de su padre al Rey.

ba rencor profundo, por haberle quitado Aben-Humeya, con malas artes, una prima suya viuda, que tenía por mancha. Seguía la morisca por fuerza al rey zuelo, pero siempre mantenía correspondencia con su primo, y ella le avisaba los pasos que seguía y los planes que tiraba Aben-Humeya.

Aprovechóse D. Diego Alguacil de estas ventajas, y junto con un sobrino llamado Diego de Rojas y del renegado Diego López Aben Aboo, tintorero del Albaicín, y de los capitanes turcos venidos de Argelia Huscein y Caracax, fraguaron una maraña, que no por ser contra un malvado como Aben Humeya, dejaba de ser inicua. Falsificaron cartas de éste a Aben-Aboo, mandándole degollar a traición a todos los turcos, y en usión de de ellos fuéronse a Laujar de Andarax, donde estaba Aben-Humeya, con intento de prenderle y matarle. Tuvo éste algún aviso de lo que se urdía, y decidió huir a Valor en la madrugada del 3 de Octubre; mas detúvole aquella noche una zambra de muherzuelas, y cansado de festejar, dejó el viaje para el siguiente día, teniendo ya los caballos ensillados; lo cual fué causa de su perdición, pues aquella madrugada llegaron Diego Alguacil, Aben-Aboo y los suyos y le asaltaron la casa, cogiéndole desprevenido.

Salió Aben Humeya a la puerta a medio vestir, con una ballesta en la mano y detrás

(Continuará)

